

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales
Por seis id. . . 28 »
Por un año. . . 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. . . 6 pesetas.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. 12.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

¡LE COMPADEZCO!

Lléveme la coalición si no lo digo de veras: hay días en que compadezco al presidente del Consejo de Ministros.

Haber pasado la vida resolviendo las cuestiones á sablazos, y tener que empezar ahora á ir de conferencia en conferencia para no arreglar nada, ha de ser un tormento cruel.

Y cuidado que á fuerza de tiempo se endurece un tantico el mortal más adamado, cuando mira á los hombres de la derecha en general, y á los generales de la derecha en particular.

Peró á pesar de eso compadezco al presidente.

Si yo viese al presidente del Consejo á caballo, sonriendo, con muchos moros delante y alguna infantería española detrás, acaso me daría envidia; pero ese pecado capital, al alcance de todas las fortunas, es para mí inaccesible, al verle ó imaginarle frecuentando conferencias.

Su destino es inexorable.

«Despójate ¡oh guerrero! le dijo el domingo último, de todo militar arreo, y ven á conferenciar.»

Y ¡con quién, con quiénes!

¡Oh tú, septenario contribuyente, que pasas las tardes domingueras en jardín ó soto ameno, departiendo bonanciblemente con tu esposa, y despellejando en sabrosa paz á parientes y vecinos! ¿comprendes el dolor que amargaría tu corazón si los domingos por la tarde te obligasen á proveerte de todo género de armas, para tomar parte en una batalla?

Pues ese martirio, ese, es lo que me hace compadecer al presidente del Consejo; porque, trocados los términos, su situación es hoy lo que sería la tuya, en el caso, en el horrible caso supuesto.

¡Cuatro horas le tuvieron sujeto al duro régimen de la conferencia, los intrépidos de los derechos individuales, sin que le fuese dado exclamar una sola vez:

¡Batallón!...

Si á lo menos echando al suelo todas las carteras ministeriales, hubiese podido repetir: ¡En esas mochilas está vuestro honor, sean del que sobreviva...

¡Pero si no es eso!

¡Y aun si no se viese obligado á frecuentar las conferencias!...

Peró despues de la del domingo, en que fué imposible conciliar los elementos de conciliación, vino la del lunes.

A las once y media de la mañana, ya conferenciaba con la union liberal y se persuadía de sus propensiones á separarse de él.

¿Hay más desdichas, es decir, hay más conferencias?

Sí.

Aun le quedaba otra con el regente del reino, conferencia que por breve, por amigable que fuese, al fin y al cabo era la tercera en menos de veinticuatro horas.

Yo admito de buen grado que el regente fuese con él lo más discreto, afectuoso y campechano que pueda ser un regente de primer año; pero aun cuando no hiciese más que decirle:

—Vamos á ver, ¿cuándo acaba Vd. de arreglar ese diantre de tinglado?

Era lo que sobraba para cargar al conferenciante más cachazudo.

Y tampoco eso es lo peor, sino que ya le esperaban entonces para que por medio de una conferencia allanase las nuevas dificultades que los demócratas oponían á la solución del negocio que se había dado por hecho.

Yo, lo confieso, yo en su lugar, al recibir el aviso no habría podido contener el movimiento que corresponde á la voz de mando: ¡desenvainen... arrrr!

Lo confieso.

Y... señores, podrá parecer exageración, pero es la verdad lisa y llana: á primera hora de la tarde, ya celebraba el presidente del Consejo otra conferencia.

¿Con los demócratas?

No, con los unionistas, que ya se escurrían por otra malla.

¡Y pensar que aquella misma noche celebraban reuniones parciales los bandos políticos, y que á lo ménos uno de ellos tendría una conferencia con el presidente!...

¡Oh archivictima!...

Diga el mundo lo que quiera; caigan sobre mí la befa y la maldición de las masas inconscientes; acúsenme de que estoy vendido al presidente del Consejo...

No me importa: he dicho que le compadezco, y lo repito:

¡Le compadezco!

Y ¿qué?

ROBERTO ROBERT.

LAS INDICACIONES.

Se cree generalmente que un ministro es el ser más solicitado del mundo.

Pues no. Hay en Madrid una persona más solicitada que todos los ministros juntos.

Una persona que puede hacer feliz á cualquiera con muy poco trabajo. Una persona que puede satisfacer de fácil modo las exigencias más generales: las exigencias de la vanidad.

Y esta persona es un redactor de La Correspondencia que suele pasearse por el salón de conferencias del Congreso.

A un ministro le acosan gentes sin cuento que le piden destinos, concesiones, una recomendación, el despacho de un expediente, la reposición de un juez... mil y mil cosas.

El ministro asegura que se ve hostigado, que se pasa el día saludando y despidiendo sugetos; pero ese ministro no sabe que cerca de él, en aquel grupo, en aquel rincón, detrás de aquella puerta, en todas partes hay siempre un corro de personas que rodean, que acosan, que hostigan al redactor político de La Correspondencia.

No le piden como al ministro pedirían, empleos, destinos, credenciales, reposiciones... no; no le piden más que cuatro líneas; media docena de renglones nada más. ¿Se puede pedir ménos?

Parece imposible que con un solo renglón se pue-

da hacer la felicidad de un hombre, ¿verdad? Sin embargo, así es.

Luego dicen ¡ingratos! que La Correspondencia es un papel cualquiera, que no sirve de nada, que ayuda al sueño... ¡ah! Yo aseguro que en estos días La Correspondencia desvela á mucha gente.

Oigamos. Acerquémonos al grupo aquel. El redactor está en medio con su lápiz en la mano. El pide noticias, nada más que noticias. Puede ser que le den especies.

—Puede Vd. decir, si quiere, que es falso lo de mi nombramiento.

—¿Para dónde?

—Decían que yo iba de embajador á...

—¿Y no es cierto?

—No; no quiero ir.

—¿Qué periódico ha dado la noticia?

—No sé, pero me han asegurado que la han dado varios. Le agradeceré á Vd. mucho que lo desmienta.

El redactor hace como que apunta algo. ¿Vd. cree que ha puesto alguna cosa? No lo crea Vd. Afortunadamente él sabe lo que son pretendientes, y no les da á las cosas más importancia de la que tienen. El que le dió la noticia quiere que suene su nombre por si pega. De esto hay mucho en el mundo.

—Oiga Vd., dice un diputado acercándose al grupo; ¿quiere Vd. oír un momento?

—Sí

Y el redactor se separa un poco.

El que le llamó le lleva á un sitio retirado, y le dice:

—Yo no sé qué habrá de verdad en lo que corre hoy por aquí; pero ello es que se dice que voy á ser ministro. Comprenderá Vd. que yo no merezco tal cosa, ni he pensado nunca en que pudiera realizarse; pero al fin y al cabo, mi posición en el partido á que pertenezco, me da cierto derecho á figurar en las listas que corren.

—Comprendido, dice el redactor.

—¿Eh?

—Sí, sí; se indicará.

—Gracias. No es vanidad mía, pero la verdad es que...

—Nada, nada; se indicará.

Y el redactor apunta. Esta vez sí que apunta, pero se sonríe disimuladamente. ¡Hay tantos que le han dicho lo mismo!

En aquel instante le llama un caballero, y le dice:

—¿Cómo va?

—Bien, ¿y Vd.?

—Bien.

—¿Qué me cuenta Vd.?

—Hombre, á Vd. no se le puede contar nada, porque enseguida lo sabe el público.

—¿Y qué importa?

—¿Me guardará Vd. el secreto?

—Segun y como.

—Dicen que voy á ser sub-secretario...

El redactor saca el lápiz.

—¡Ah pícaro! dice el otro. No me comprometa usted.

—¿Qué importa?

—Que van á creer que le he dicho á Vd. que lo publique.

—Déjelo Vd.



—Bueno. La responsabilidad será de Vd.  
—Corriente.  
Ya sabe el redactor que puede publicar la noticia. Conoce al sugeto, y sabe que no se le acercó para otra cosa.  
Un diputado le dice al pasar:  
—¿Sabe Vd. que me están dando la broma de que seré ministro mañana?  
—¡Oiga Vd., puede ser! dice el redactor.  
Y apunta.  
El diputado hace la vista gorda.  
Otro coge al redactor por un brazo:  
—¡Compañero!  
—¿Qué hay?  
—Que mi nombre es el único que no suena en las listas de candidatos á ministerios. ¡Y han sonado algunos, que ya, ya!  
El redactor sonríe y apunta.  
Aun no ha acabado, y ya se le acerca otro.  
—¿Ha visto Vd. *La Política*? le dice.  
—No.  
—Asegura que estoy indicado para una cartera.  
¿Quiere Vd. copiarlo?  
—Bueno.

Y apunta mi hombre.  
En fin, es el cuento de nunca acabar. Aquel redactor tiene sobrado talento para apreciar á cada hombre en lo que vale; que si así no fuera, tendría que decir en su periódico:  
«Se asegura que el nuevo ministerio se compondrá de cincuenta y tres personas.»

No dice esto, pero la amistad, la cortesía, los compromisos le obligan á decir, sin embargo, en el número de aquella noche, que Fulano y Zutano y Mengano están indicados para las carteras vacantes.

Y despues de todo, puede acostarse diciendo:  
—Puedo descansar; no he perdido el día, ni mucho menos. ¡He hecho felices á diez ó doce tontos!  
¿Pueden decir otro tanto los príncipes y los magnates de la tierra?

Falta solo decir el nombre de este redactor especial; este hombre que escribe al galope, y que envía á la imprenta el original sin duda por telégrafo, se llama Campos.

Todo Madrid le conoce. El lápiz es su elemento. Todo lo ve, todo lo oye, todo lo apunta.

En el baile del domingo, celebrado en casa del presidente del ministerio, le ví bailando la polka con una señorita de las más jóvenes y hermosas de la reunion.

¡Pues bien, bailando la polka y todo, llevaba el lápiz en la mano!  
¡No se puede con él!

## ¡AHÍ ESTAN!

¡Ya están ahí! Son ellos, los que en anuncios vagos dijeron tantas veces que el golpe iban á dar. A homéricas empresas apercebidos vienen; sus roncós alaridos al orbe hacen temblar.

—  
Salvando las fronteras por arte del demonio, lograron internarse tal vez de dos en dos. Uniéronse aquí dentro, ya son hueste brillante; de tan lucidas tropas los pueblos van en pos.

—  
Rompiendo la maleza, va al frente de esos bravos un arzobispo tuerto, intrépido adalid. Son curas y canónigos sus treinta batallones; caminan sin descanso... ¡se acercan á Madrid!

—  
Da gusto ver cual marchan cantando el *gori gori*, las tejas desplegadas y al hombro su fusil. El viento los manteos levanta, y los agita. ¡Son cuervos en bandada! ¡Qué facha tan gentil!

Así de noche y día caminan incansables; ya divisan sus ojos la ansiada capital. El general en jefe les manda que se paren, y arenga á sus genizaros con voz descomunal.

—  
«¡Presbíteros!—les grita—ya estamos en campaña; la corte á pocos pasos nos brinda el gran botín. El régio mamarracho confía en vuestros bríos; no es digno de la teja quien sienta miedo ruin.»

—  
Habeis en pocos meses logrado hacer acopio de boinas y trabucos para poder luchar. Doscientas sacristías hicisteis almacenes, y el púlpito en tribuna pudimos trasformar.

—  
Faltaba hacer dinero, y á vuestra buena maña se deben los millones que nuestra vida son. Vosotros os comisteis los santos de más talla, y aquel obispo bravo nos regaló el millon.

—  
Hicisteis en la aldea milagros de bravura trocando el santo lábaro, signo de santa paz, por el garrote, símbolo del terso pretendiente, que hizo de muchos tontos carlistas en agraz.

—  
¿Qué os falta? Un solo paso, llegar hasta la corte y no dejar en ella ni un solo hombre de bien. Comeréis las familias que no sean facciosas y proclamar al *Niño* monarca de este Eden.

—  
Mañana, si Dios quiere, daremos el ataque; durmamos esta noche, mañana, Dios dirá.»

—  
Al despuntar el día dijeron los civiles que el campo estaba solo. ¿Qué ha sido de ellos? ¡Ah!!!

## LAS DIMISIONES.

Aseguro á Vds. que no lo entiendo; es verdad que nunca he logrado entenderlo; pero en fin, en otros tiempos ya me lo explicaba, y si no lo hallaba justo, encontrábalo motivado.

Creía yo, no obstante, que las cosas habian variado, ya que no en todo, por lo menos en esto: ¡ilusiones mías! ni aun en esto hay variacion.

¡Qué difícil es desarraigar los hábitos desde muy antiguo contraídos!

Aprendimos los españoles, no importa cuando, y lo aprendimos bien, que el empleado público era un criado, poco más poco menos, de S. M., bien así como era un servidor de la misma majestad el soldado de quien decian nuestros padres—y aun hoy suele decirse—*se fué á servir al rey*.

Pasaron afortunadamente aquellos tiempos y con los tiempos aquellas singulares ideas, y al absolutismo sucedió el sistema constitucional.

Idealizóse la figura del monarca y se la elevó hasta el punto de hacerla que desapareciese entre nubes allá en las regiones etéreas, ni más ni menos que hoy ha desaparecido de entre nosotros envuelta en la aureola de su grandeza—ó si se quiere de *su alteza*—el general D. Francisco Serrano Domínguez; pero vamos al caso.

El rey, fuera del alcance de toda humana consideracion y hasta de las indiscretas miradas de los mortales, dejó, por decirlo así, de ser, y para entenderse con los súbditos, á manera de intermediarios entre

la suma grandeza y la infinitesimal pequeñez, quedaron aquí los ministros responsables, que representaban, aunque indignamente, la majestad.

Y observen Vds. aquí, dicho sea de paso, que esta especie de pacto entre reyes y súbditos no fué sino una imitacion de un contrato anteriormente celebrado entre Dios y los hombres.

Dios, efectivamente, segun las historias nos cuentan, principió por ser un buen sugeto, muy llanote y muy campechano; ni tenia á menos tratarse con la gente, ni creía desmerecer por echar un párrafo con cualquiera cuando la ocasion se presentaba. Luego que atenciones de más interés reclamaron su presencia en otras partes, *el pastor santo, nos dejó en este valle hondo y oscuro y rasgando el puro aire, cogió y se largó al inmortal seguro*: y allí se está, habiéndonos dejado sus representantes, y ojalá no los dejara, porque ha sucedido despues que de la manera misma que á las veces el signo suele tomarse por la cosa significada, los representantes de la divinidad han acabado por figurarse la divinidad misma, y casi casi nos han convencido de que tienen razon, y nunca terminaria yo mi triste relato si ahora me empeñase en enumerar todas las desventuras que esta falsa creencia ha hecho caer sobre el género humano.

Pues señor, volviendo á mi asunto, y perdonen Vds. esta digresion, diré que los ministros responsables, yendo días y viniendo días llegaron á creerse transformados de representantes del monarca en monarcas verdaderos, y fué peor que esto el convencimiento que adquirimos todos de que en efecto un ministro era un amo á quien debiamos todo cuanto éramos, y á quien habiamos de agradecer desde el modesto sueldo que disfrutábamos—*los que lo disfrutaban*,—hasta la instruccion que recibiamos.

Reconozco que por hoy la idea de la importancia ministerial no es tan completa: pero reconozco tambien que no acaba de tener entrada en nuestra mollera endurecida eso de que un empleado es un *servidor de la nacion*, eso de que el sueldo *lo paga el país* á cambio de servicios recibidos.

Por esto no es raro, y no solo no es raro, sino que es muy frecuente que el diputado empleado presente su dimision no bien se ve obligado á votar en contra del ministerio; y es que en España no pasarán nunca los tiempos de D. Quijote.

Venga Vd. acá, señor *de empleado*; ¿cree Vd. de buena fé compatibles los servicios que presta Vd. al país en los dos conceptos de empleado y representante suyo? ¿Sí ó no?

¿No?  
Pues debió Vd. renunciar uno de los dos cargos y optar entre el empleo y la diputacion.

¿Sí?  
Pues entonces vote Vd. como su conciencia le dicte, y siga Vd. sirviendo al país, que no es patrimonio de un ministerio determinado, y es quien paga y á quien Vd. debe complacer.

De otro modo:  
¿Vd. cree en conciencia que en su puesto de empleado hace Vd. algun servicio á su patria? Sí ó no.

¿Sí? Pues su deber es continuar.

¿No? Pues hizo Vd. mal en aceptar el destino. Si no es ya que hemos de considerar los empleos como *premios* que el gobierno *Todo poderoso* concede á los que patrocinan sus errores y aplauden sus torpezas.

Esta doctrina constitucional, no es la mia; comprendo que ha sido la comunmente seguida; pero presumia yo que ya habia caido en desuso en esta época revolucionaria.

¿Me habré equivocado?

A. SANCHEZ PEREZ.

## LOS PAPAS. (1)

(Continuacion.)

Clemente VII residia, como hemos dicho, en Aviñon, y recibia tributos cuantiosos que de todas las iglesias de Francia se le enviaban.

Así se puede decir que tenia una posicion regular, y su único pesar consistia en que el cielo no diera una señal evidente de que él era el verdadero Papa.

¡Prodigiosa simpatía! El único pesar de Urbano lo causaba tambien la falta de una prueba sobrenatural de que el verdadero Papa era él.

(1) De *Los Cachivaches de Anafío*. Se suscribe á la obra enviando 10 reales al editor, Beatas, 12.





—¡Los carlistas con valor se lanzan, según recelo...!  
 —Hombre, ¿con este calor?  
 ¡Ya necesitan pañuelo para limpiarse el sudor!

Unos y otros en fervientes oraciones rogaban al cielo por el bien de los pueblos cristianos, mientras sus apasionados partidarios, que solo pensaban en resolver la duda por medios meramente humanos, parecían ajenos a todo sentimiento piadoso, y todo era traiciones, envenenamientos y degüellos, y si tal ó cual príncipe propuso algún medio para poner término á tanta mortandad y tantos horrores, el medio fué siempre tan descaballado, que ninguno de los dos Papas pudo en conciencia aceptarla.

Los cardenales opinaban que aquello iba á acabar pronto; mas para que se vea cuanto yerra el hombre, aun siendo cardenal, el cisma se perpetuó y fué sigüendo aun debajo de los sucesores de los mencionados Papas.

Entonces fué cuando los cardenales reunieron un concilio en Pisa, al cual llamaron, citaron y emplazaron á los dos Pontífices que eran Benedicto XIII y Gregorio XII.

Ni uno ni otro quisieron acudir á la solemne cita, y el Patriarca de Alejandria, con los de Antioquia y Jerusalem, en la basilica, abiertas las puertas y en presencia del pueblo congregado, pronunció en alta voz la destitucion de los Papas.

Alejandro V trató de conciliar la union de la Iglesia, se propuso reformar las costumbres del clero, que no eran del todo arregladas á la moral, y quiso repartir los cargos eclesiásticos entre personas virtuosas; pero desgraciadamente murió, y mas desgraciadamente la malicia atribuyó su muerte á un veneno que por medio de un clisterio (seamos cultos) le habia propinado Baltasar Cozza.

Baltasar mandó reunir el cónclave, y con todas las formalidades que él creyó necesarias, se hizo Papa y tomó el nombre de Juan XXIII.

Los cardenales, acostumbrados á nombrar los Papas, refunfuñaron un poco al ver que Baltasar habia suprimido la formalidad de la eleccion; pero viendo que el Señor

no les daba aliento para protestar contra ella, la confirmaron con abnegacion verdaderamente cristiana.

Pero los Papas depuestos, Benedicto y Gregorio, renovaron sus antiguas pretensiones, y como importaba averiguar cuál de los tres era el verdadero, se encendieron piadosas guerras en Prusia y en Italia.

En vez de reducir los tres Papas á uno, resultó que en vez de un emperador hubo tambien tres, y así entre lo temporal y lo espiritual, tenia cada individuo seis años á quienes obedecer.

Los anatemas y la sangre corrieron en abundancia por Europa; mas como ni el hierro, ni el fuego, ni el temor de condenarse inspiraban ninguna solucion aceptable, se reunió un nuevo concilio.

El nuevo concilio destituyó á Juan XXIII; es cierto; pero lo que no puede ser cierto es lo que dicen varios autores profanos sobre que los obispos y los cardenales acusaron al ex-papa de asesinatos, incestos, envenenamientos y sodomias, de haber seducido á trescientas religiosas y haber tenido con ellas lo que la pluma se resiste á escribir; de haber hecho otro tanto con tres hermanas suyas, empleando para ello no la seducción, sino la violencia, y de haber tenido encerrada á una familia entera por exceso de pasion á la madre, al padre y al hijo. Repito que no es creíble ni debe creerse que los obispos y cardenales hicieran acusacion semejante.

De Martin V solo se oyen elogios merecidos. El hizo quemar vivos á Juan Hus y á Jerónimo de Praga, corifeos de una nueva secta que se entremetia en si los clérigos llevaban la vida más ó menos arreglada.

Y además los susodichos Juan y Jerónimo se atrevieron á acusar de ambiciosos á los pobres Pontífices. Para desmentir tan insensatas acusaciones, organizó Murtur V su escuadra contra los bohemos, los cuales, acos-

tumbrados á vivir como salvajes, respondieron brutalmente: «Un pueblo libre no há menester rey.»

Los legados del Papa en persona y el mismísimo emperador, iban á pelear contra los Husistas, porque estos incurrieron en la bárbara demencia de comulgar bajo las especies de pan y vino, en vez de hacerlo como es debido, con una obleita blanca.

Quizá nunca hubo motivo más justo para una guerra. Considere cada cual la enorme atrocidad que va contenida en la idea de no hacer uso de las obleas para un acto de tanta trascendencia como es la comunión, relacionado íntimamente con la moral, el derecho, la justicia y las funciones digestivas, y comprenda á cuán dignos son de eterna y gloriosa memoria los que en Alemania perecieron por tan sagrada causa.

Tremendísima paliza llevaron, es verdad, las tropas del emperador y la de los delegados; pero fué porque Dios quiso; y esto debe en parte tranquilizarnos.

(Se continuará.)

ROBERTO ROBERT.



Se anuncia un nuevo discurso del Sr. Cánovas del Castillo.

Esta vez el Sr. Cánovas del Castillo se va á ocupar del enojoso asunto del monarca.

Que es como si dijéramos, una representacion de *La madre y el niño siguen bien.*





La conciliacion se ha roto.  
Parece que ya no se romperá la conciliacion.  
Hay esperanzas de que la conciliacion continúe.  
Se asegura que la conciliacion está casi reanudada.  
Nadie duda de que la conciliacion no existe ya más que en la apariencia.  
Es un hecho que los partidos que forman la conciliacion están dispuestos á mantenerla todo lo posible.  
Creemos que no se romperá la conciliacion.  
La conciliacion existe más fuerte que nunca.

¿En qué quedamos?  
Nos han tenido Vds. una semana con el alma en un hilo.  
Por último, resulta que la conciliacion existe, pero no existe, es y no es...  
En una palabra, que es una tontería creer en las conciliaciones.  
Todo lo más que resulta de ellas es lo que sucede cuando se mezcla agua y vino. Resulta un refresco que no sabe á nada.  
La situacion es un refresquillo por el estilo.  
Y los refrescos atacan al estómago.  
No se dé por aludido ningun empleado antiguo.

¿Qué deja el Sr. Martin Herrera al salir del ministerio?  
¡Oh! deja un recuerdo triste y una opinion no muy favorable.  
Pero hombre, ¿es posible que un hombre logre ser ministro para eso?  
¡Pues ahí verá Vd. lo que somos!

Hombre, hace una porcion de dias que ni los diputados unionistas ni *La Correspondencia* dicen una palabra del señor duque de Montpensier.  
Esto me tiene extraordinariamente escamado.

Decididamente los montpensieristas traman algo.  
Siempre he creido que esa gente es misteriosa, pero en esta ocasion mucho más.  
¿No le parece á Vd. que en este silencio que se nota de algunos dias á esta parte, hay *intrigulis*?  
Diferentes veces me he preguntado:  
¿Será posible que el partido vicalvarista intente algo en favor de Montpensier?  
¡Ah! Lo de Portugal al menos tenia una ventaja. Respondia á una idea grande, y ademas era una política franca. Todos sabiamos lo que significaba la dinastía de Braganza. Significaba la union ibérica, y aun el partido republicano hubiera visto con menos disgusto que á cualquiera otro, al rey de Portugal.  
Pero... ¿qué significa la política vicalvarista?  
¿Qué significa Montpensier?  
No significa la union ibérica; pero en cambio es la union... liberal.  
Repito que me tiene con cuidado la era de silencio inaugurada por los vicalvaristas de algun tiempo á esta parte. ¿Nos querrán dar una *agradable sorpresa*?

Veo, señor regente, que usted da de comer á mucha gente.  
Ayer, los progresistas almorzaban con su cuenta y razon, todos los dias.  
Hoy el regente come.  
¿A qué vienen, señor, tantas folias?

Dijo Rios Rosas que él tambien podria manejar la Constitucion.  
Estos y otros manejos nos tienen en vilo.

Tanto hablar de trastornos en Barcelona y de motines y de asonadas, y resulta que no ha sucedido nada.

Hay algunos periódicos decididos á anunciar trastornos á todas horas y en todas partes.

No parece sino que estamos en los tiempos de Maricastaña.

Afortunadamente el pueblo español va comprendiendo que solo en casos muy graves es cuando se debe armar pendencia.

Estamos en pleno reinado del derecho. Solamente cuando se ataca un derecho es cuando el pueblo debe amotinarse.

¿Qué ha sucedido en Barcelona?

El Sr. Ardanaz entra en Hacienda. ¿Para qué?  
¿Lleva el Sr. Ardanaz algun nuevo plan financiero?

No es eso, general Prim; queremos cambio de sistema, no de personas.

Entre Alarcon y Gasset ha habido dimes y diretes periodísticos.

¡Y qué imprudencia la de Alarcon! ¡Pues no se burla de Gasset llamándole voluble, porque hoy es más liberal que ayer!

¡Y qué prudencia la de Gasset que ni siquiera llama voluble á Alarcon por ser hoy ménos liberal que ayer!

¡Ah ciudadanos, qué polémica, qué diputados, y qué firmeza de convicciones!

Aun sigue quejándose Cheste del trato que halló en Madrid.

¡Qué poca gratitud!

Los civiles le acompañaron á Cádiz, en vez de haberle acompañado el pueblo á la plazuela de las Cortes, como acompañó al estanquero á la plazuela de Anton Martin.

El estanquero no ha vuelto á insultar á la revolucion.

Cheste la insulta: hé aquí la diferencia.

El general Prim, presidente del Consejo de ministros, convidó á comer el domingo á los directores de los periódicos liberales.

El director de GIL BLAS asistió:

1.º Para corresponder á la deferencia que, por primera vez en España, hace un presidente del Consejo de ministros á la prensa política.

2.º Para tener el gusto de decir de palabra al jefe del gabinete, lo que dice por escrito á todos los españoles, y es que debemos de marchar adelante con la bandera revolucionaria, y para esto estorban los reyes.

Siempre es un desahogo poder decir estas cosas en confianza.

Por lo demás, todos los agradables calificativos de *La Correspondencia* vienen de molde á la amabilidad de la condesa de Reus.

He leído en *La Correspondencia* que las economías hechas en un ministerio, han producido la supresion de diez y ocho porteros.

Cosas de España. Se les quita el sueldo á los porteros y se aumenta el personal de los altos empleados.

Si se hubieran suprimido diez y ocho oficiales de esos que cobran cuarenta mil reales por firmar lo que hacen los auxiliares, lo comprenderia mejor.

*La Iberia* continúa explicando á su modo los derechos individuales.

¿Qué tal será el modo, cuando *El Pensamiento español* reclama la paternidad de los argumentos, y recibe á *La Iberia* con los brazos abiertos?

Continúa la discusion del proyecto de subvencion á los ferro-carriles gallegos.

La resolucion que sobre el asunto recaiga podrá ser desacertada, pero por Dios que nadie podrá censurarla de impremeditada ó ligera.

Todos recelan que las sesiones del Congreso se suspenderán pronto.

Sí, es justo que descansemos todos un poco.

Vendrá octubre, y... nos veremos.

—Se va á publicar *La Justicia*.

—Será una revista republicana.

—Falta hace.

—El que, ¿la justicia ó la revista republicana?

—Una cosa y otra, amigo mio.

Ahora si que se echan los carlistas á la calle.  
No hay quien pueda parar en casa.

Se ha descubierto un nuevo conducto desde el convento de la Latina á la despensa del padre capellan.

Por lo visto, tales vias de comunicacion estaban como adornos indispensables en estos edificios.

¡Cáscaras!  
El ministerio de Hacienda ha publicado un decreto autorizando las rifas. Me parece bien. Pero continúa el Estado jugando á la lotería: me parece muy mal.

¿Aumenta nuestras filas el general Nouvilas?  
Si en esto ha de parar, estoy conforme, pues no nos viene mal un uniforme.

No habiendo motivo para que pidan limosna los pobres, me parece que Vds. harán como yo: despreciar á los vagos.

Digo esto porque anoche me pidió limosna en la calle del Príncipe un mozo como un trinquete *¡con un olor á vino que tumbaba de espaldas!*

Viendo que no le daba, soltó un terno, y añadió con voz aguardentosa:

—Maldita sea mi suerte.

¡Ojo, señores de la oblea!

Los neos de Zamora se han echado á la calle... con una Margarita en el ojal de la levita.

¿Qué han hecho, en vista de esto, los liberales de Zamora?

Se han puesto tambien otra Margarita en el ojal donde los neos suelen recibir algo, y así se han echado á la calle.

¡Todo era allí Margaritas... por delante y por detrás!

¿Qué nos importa á nosotros que Gerardo Blanco se haya hecho carlista ó neo?

Nos remitió muchos artículos; publicamos, por complacerle, algunos; pero no tuvo en GIL BLAS plaza de redactor.

Y no porque desconfiáramos de él, sino por falta de ocasion.

¿Que ahora se ha hecho neo? Peor para él.

No, mi querido *Cascabel*, no te llamo reaccionario porque seas proteccionista, así como no llamo liberal á Gonzalez Brabo, aunque es libre-cambista.

Esta es una cuestion libre dentro de los partidos políticos.

Yo te he llamado reaccionario porque te asustas, por ejemplo, de la libertad religiosa, y porque así que ves el menor abuso condenas cualquiera libertad.

¿Estamos?

Y para que otra vez no digas que soy injusto llamándote reaccionario porque eres proteccionista, habiendo proteccionistas en la redaccion del GIL BLAS, tendré cuidado de citar los dichos ó hechos reaccionarios que en tí note.

Lo cual no se opone á que yo te tenga en concepto de un buen amigo.

#### Noticias del día.

De la conferencia que ayer celebraron Prim y varios notables, resultó que no hay avenencia posible entre las distintas fracciones de la coalicion.

—Resulta ahora que la reconciliacion de los tres partidos es un hecho.

—No puede formarse ministerio de conciliacion.

—Ya si puede formarse ministerio de conciliacion, habia avenencia por último.

—Lo del ministerio de conciliacion tropieza ahora en una nueva dificultad. Nadie quiere ser ministro. Se trata de formar un ministerio sin personas.

—Todo se ha deshecho.

—Ya se arregló todo.

(Se continuará.)

—Ya no se discutirá probablemente el presupuesto de gastos; bien hecho.

Lo siento, por otra parte; así no podrá el país estudiar una partida muy original.

No recuerdo si es en el presupuesto del almirantazgo, existe una partida que dice:

*Gastos del material*.—Un capellan... tanto.

Esto de que el capellan entre en monton con los trastos y las plumas, no carece de gracia.

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Cuerdamente*.

### CHARADA.

Hace la nave en la mar  
mi *prima* con la *tercera*;  
y *segunda* repetida  
es aquel que en reyes sueña.  
Mi *todo*, pensando bien,  
puedes decir que es tu suegra.  
(La solucion en el próximo número).

#### Correspondencia del GIL BLAS.

D. J. Z. (Madrid).—Los periódicos dan la noticia de que una criada se ha quemado en el piso segundo de la casa en que está el Casino Republicano, por haberse caído al suelo, y por consiguiente inflamado una botella de gas Mille. Ahí tiene Vd. un caso.

Doña S. L. y T. (Sevilla).—No dudo de su republicanismo; lo único en que no creo es en la bondad de sus versos.

D. T. M. (Madrid).—No hay inconveniente en mandar el periódico al pueblo de T... (y digo que no hay inconveniente, contando con la bondad de los empleados de correos).

Doña S. A. (Barcelona).—¿Qué es eso? ¿Se ha vuelto Vd. otra vez á la India? Sepa Vd. que hice su encargo.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.